

La fábula del alienígena curioso

Internet y la «profecía» transhumanista



Joaquín Jareño Alarcón



COMARES
FILOSOFÍA
HOY

LA FÁBULA DEL ALIENÍGENA CURIOSO

Internet y la «profecía» transhumanista

JOAQUÍN JAREÑO ALARCÓN

**LA FÁBULA
DEL ALIENÍGENA CURIOSO**
Internet y la «profecía» transhumanista



EDITORIAL COMARES
GRANADA, 2026

SERIE
FILOSOFÍA HOY

Dirigida por:
JUAN ANTONIO NICOLÁS
(jnicolas@ugr.es)

Coordinación:
RAÚL LINARES-PERALTA
(raullinares@ugr.es)

138

© Joaquín Jareño Alarcón
Editorial Comares, S.L.
Polígono Industrial Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 - Albolote (Granada) España
Teléfono 958 46 53 82 • 958 46 53 83
E-mail: libreriacomares@comares.com
<https://www.editorialcomares.com>
<https://www.facebook.com/Comares>
<https://twitter.com/comareseditor>

ISBN: 979-13-7033-181-8 • Depósito Legal: Gr. 1382/2026

Fotocomposición, impresión y encuadernación: EDITORIAL COMARES, S.L.

A mi familia, por todo

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS	XI
INTRODUCCIÓN	XIII
I. UN UNIVERSO DEMASIADO AMPLIO Y DEMASIADO OSCURO A LA VEZ	1
II. INTERNET.	13
III. OBSWITTY	19
IV. UN MUNDO DE CYBORGS Y POST-CYBORGS.	23
V. EL FIN DE LA UTOPIA (O LA UTOPIA FINAL)	31
VI. OBSWITTY, EL OBSERVADOR CURIOSO	37
VII. VERDAD, VERDADES, POST-VERDAD. HACIA UN MUNDO DESINFORMADO	41
VIII. HABLAMOS DE SEXO	63
IX. ANONIMATO, OLVIDO Y PROTECCIÓN.	73
X. NO CODICIARÁS LOS BIENES AJENOS	79
XI. DEL AMOR AL ODIO EN UN CLIC	95
XII. <i>EL ESTADO DE NATURALEZA</i> , REVISADO. TRANSHUMANISMO, POST-HUMANISMO Y LA <i>MALDICIÓN</i> DEL CUERPO: LA URGENCIA DE MUTAR LA NATURALEZA	105
XIII. ¿QUÉ QUEDA DE LA UTOPIA EN PCB? (¿QUÉ ES, EN REALIDAD, LA UTOPIA?)	111
BIBLIOGRAFÍA	123

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido el resultado no solamente del interés que en un principio suscitaron las ideas que en él se desarrollan. Fundamentalmente, es la consecuencia de numerosas conversaciones mantenidas con amigos y colegas en relación con muchos temas cuya hondura no puede expresarse como tal aquí, pero que sin duda muestran problemas y dilemas existenciales sobre los que la reflexión contemporánea es una inevitable exigencia.

Así, quisiera agradecer a los profesores José Jesús García Hourcade, Enrique Bonete Perales y Gonzalo Munévar —autor de un revelador y paradigmático estudio sobre la filosofía de la exploración espacial¹— sus comentarios y consideraciones, pues han permitido mantener no solamente mi preocupación por el tema utópico central del libro como objeto de particular interés, sino igualmente en lo fundamental han hecho que el trabajo contara con mayor consistencia y seriedad. Asimismo, a Miguel Ángel García y Gracia Aparicio por el acicate que siempre suponen para mis trabajos e ideas, por sorprendentes que a veces les pudieran parecer. Mi gratitud a todos ellos, que al igual que yo piensan que lo incierto del futuro es en realidad un espacio para construir y humanizar; vaya por delante este sentido homenaje por su tiempo, paciencia y compromiso.

¹ *The Dimming of Starlight. The Philosophy of Space Exploration*, Nueva York, Oxford University Press, 2023.

INTRODUCCIÓN

Hasta un total de 14 objetos no identificados rodearon volando el USS Omaha el 15 de julio de 2019. La circunstancia no habría pasado más allá de un sobresalto rutinario en el quehacer de un buque de guerra si no hubiera sido porque dichos *objetos* actuaron a modo de enjambre, y realizaron maniobras de tal dificultad y habilidad que aparentemente desafiaban las capacidades de cualquier aeronave humana. Las explicaciones tanto sobre su origen como sobre sus características específicas resultaban extraordinariamente complejas, hasta el punto de que el propio Pentágono se vio obligado a clasificarlos como UAPs¹.

Las imágenes del suceso, colocadas por Jeremy Corbell en *Twitter*, rápidamente despertaron la imaginación —pero también las sospechas— de una gran multitud de seguidores de las historias sobre avistamientos de naves extraterrestres, así como de los defensores de la presencia alienígena en nuestro planeta. En cualquier caso, no era esa la primera vez en que las autoridades políticas y militares calificaban a los sucesos de «inexplicables»², dejándolos hasta cierto punto al albur de justificaciones fantásticas de toda índole. Pero el Pentágono se había apresurado a proclamar con convencimiento que no se trataba en ningún caso de objetos de procedencia alienígena, lo que es de suponer que no calmó en medida alguna las ansias de los

¹ «Fenómeno aéreo no identificado»: los anteriores UFO u OVNIS.

² Esta polémica se ha vuelto a abrir recientemente gracias a vistas celebradas en el Congreso de los Estados Unidos, donde expertos militares declararon que el ejército americano investigaba naves de procedencia desconocida; presuntamente con origen exterior a la atmósfera terrestre (<https://es.euronews.com/2023/07/27/militares-estadounidenses-declaran-en-el-congreso-sobre-la-existencia-de-ovnis> (01-06-2026); https://www.elconfidencial.com/tecnologia/novaceno/2023-04-24/el-jefe-del-pentagono-que-apunto-la-posibilidad-de-una-nave-alien-muestra-un-orbe-desconocido_3615593/ (01-06-2026); <https://www.youtube.com/watch?v=lcrCMLV614>) (01-06-2026).

seguidores de las historias sobre ovnis, civilizaciones extraterrestres o cualquier otra de las sagas tópicas de la ciencia ficción.

Ya en la Conclusión de su *Crítica de la Razón Práctica*, el filósofo Immanuel Kant afirmaba que una de las dos cosas que llenaban su ánimo de admiración no era sino la impresionante visión del cielo estrellado sobre nosotros³. Es ese mismo inmenso cielo el que ha resultado de interés para tantos filósofos y astrónomos desde los albores del pensamiento. No en vano, todavía sigue llamándonos poderosamente la atención su presencia a pesar del alto grado de contaminación lumínica que padecemos en nuestras actuales ciudades. Pero ese cielo siempre ha estado abierto al escrutinio por la multitud de incógnitas que a nuestro parecer han ido surgiendo de su simple observación, anidando quizá en el fondo una de esas preguntas que nos proporcionan cierta sensación de vértigo: «¿estamos solos?».

La soledad es la vianda de un plato sin aderezos. No es que en sí resulte insípida, pero es obvio que sabe a poco y suele dejar el apetito abierto. Hagamos cuentas del porqué, ya que esto justifica los cambios exponenciales que ha sufrido la humanidad en los últimos 65/70 años. En el prólogo de su libro *La condición humana*, Hannah Arendt destacaba el impacto que había tenido en 1957 el lanzamiento del Sputnik I para la propia comprensión que el ser humano tenía de sí mismo y de sus aspiraciones. De una forma tan poética como reveladora, Arendt señalaba que los cuerpos celestes habían «admitido en su sublime compañía» al humilde aparato intruso. El hombre parecía —por fin— poder salir de la *cárcel terrena*, afirmación que a la filósofa la llenaba de extrañeza y —también en una cierta medida— estupor. *Salir de la cárcel* es una expresión con reminiscencias platónicas que no hace justicia a todo lo que el ser humano ha hecho a lo largo de su existencia en el planeta. Refleja, sin embargo, más un lamento o un anhelo que propiamente un trato desconsiderado para la *madre* que nos ha alojado silenciosamente durante tantos miles de años. Pero también era expresión —por ello— de un sentimiento de cierta *liberación* en la medida en que suponía un salto cualitativo: digamos que la historia ya no se escribía —ni circunscribía— en torno a un habitáculo que, a pesar de todo lo excepcional que había sucedido en él, se nos había quedado pequeño. Pequeño —obviamente— para las ambiciones humanas de trascendencia, que habían subvertido inicialmente el orden cósmico —el cosmos cerrado y ordenado— al transformarlo en un universo abierto e infinito.

Pero precisamente esa infinitud fue la que nos sobrecogió. Lo que en un principio parecía significar una liberación de las coordenadas teológicas de explicación de la realidad, se convirtió en la puerta de nuevas incógnitas a cuál de mayor dificultad, e incluso irresolubles tanto por forma como por contenido. Sin embargo,

³ La otra era la norma moral en nuestro *interior*.

estas aparentes limitaciones no hicieron sino espolear la imaginación humana hasta el punto de promover profecías como las que desarrollaron en su momento los pensadores ilustrados, y que han *preñado* todo el discurso de la Modernidad. En ese entorno surgieron las utopías más consecuentes: aquellas que justificaban el logro de una sociedad ideal guiadas por una razón que había encontrado en la ciencia su compañera perfecta para no dejar que sus ilusiones fueran ilusorias. Como trasfondo de esas utopías pululaba la idea de un paraíso bajo una secularizada versión de la fórmula cristiana, asequible ahora bajo la perspectiva de la revolución biotecnológica y cibernética, que prometió una especie de *redención* final de lo humano.

Lo cierto es que a pesar de todo, esta *redención* tarda en llegar, y son numerosos los profetas que no obstante siguen preconizando el logro de una especie de *locus amoenus* en lo que Arendt —haciéndose eco de la visión tradicional— había denominado *valle de lágrimas*. La experiencia del mal y la existencia de la muerte siguen presentándose, no obstante, como obstáculos insalvables y auténticos contraejemplos de toda tradición utópica que quisiera postularse con visos de garantía definitiva. Pero para estos *profetas* de la utopía, ya estamos al final de la décima etapa de la que hablaba Condorcet⁴, y no tardaremos mucho en dar cumplida respuesta a las expectativas humanas que han movido el progreso con sus anhelos paradisíacos: un retorno al origen sin tener que sufrir las carencias de los relatos mitológicos, entendidos desde el género de la fábula.

¿Es acaso una fábula el único modelo de relato que puede presentar al ser humano como feliz? ¿El relato que da cuenta de un mundo sin mal con el que enfrentarse? Son numerosas las explicaciones que hablan de una naturaleza humana habitada por pasiones, impulsos e instintos que condicionan tanto nuestra voluntad que casi podemos decir que anulan de punta a cabo su libertad. Al menos una visión mecanicista como la de Hobbes —o incluso un determinismo *a la* Spinoza—, concluiría precisamente en un corolario de este tipo. Pero tampoco se presenta una perspectiva más generosa en otros autores, dado que en la práctica totalidad de quienes han tratado la problemática del *estado de naturaleza*, las conclusiones han sido similares: nos caracteriza una tendencia egoísta, en principio irrefrenable, lo que parece resultar un pesado lastre para los modelos de la perfección. Esto, no obstante, no ha impedido que precisamente dicha ambición fuera en una medida relevante motor del progreso, lo que nos sitúa a las puertas de las cuestiones que queremos plantear aquí.

Haber puesto un pie en la Luna («One giant leap for mankind») hace justicia en última instancia a los planteamientos de Condorcet, dado que hemos logrado con ello ambiciones vetadas para hombres de otras centurias: hemos logrado volar

⁴ *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Madrid, Editora Nacional 1980.

más alto y más rápido que los pájaros, hasta el punto de que nos hemos salido del reducido habitáculo que ha sido escenario propicio para las glorias y miserias de la condición humana. ¿Tiene razón Arendt cuando se pregunta sobre por qué vemos la salida del planeta como una cierta *liberación*? Al menos en principio, la inmensa mayoría de las utopías han tenido como referencia el hábitat terrestre, y sugerir una salida del mismo lo único que hace es destacar las limitaciones de dichos planteamientos. Si no hemos logrado una armonía entre nuestras demandas como individuos y las posibilidades que de hecho ofrece el planeta, ¿puede resultar de nuestro interés *escapar* hacia la colonización de otros espacios ajenos en principio a la trayectoria de nuestra especie? Pero la incógnita se mantiene intacta: ¿no se repetirán en los territorios *colonizados/utopizados* las mismas rémoras y los mismos problemas que llevamos como pesado lastre en nuestra existencia planetaria? «No» —decimos— si logramos solucionar el sempiterno problema del mal. Y para eso está la *utopía última* con la feliz promesa de una transformación del proceso evolutivo a manos estrictamente humanas. Razón y tecnología serían buenas aliadas para lograr lo que educación y política no han sido capaces desde los ya lejanos pero siempre elocuentes tiempos de Aristóteles.

En este sentido, son numerosas las apuestas en el terreno de la *mejora* humana que apuntarían en principio a una superación de los diferentes lastres con los que se las tiene que haber el hombre. Esta es, no obstante, la permanente ambición que ha subyugado a algunas de las mentes más hábiles y profundas de nuestra historia. Tanto si la perspectiva de partida era positiva como si no, la formulación de la teoría tenía que enfrentarse a cómo atajar o cómo canalizar el problema del mal, o —mejor dicho— el problema de la *maldad humana*. De ahí que todas las construcciones teóricas sobre las que pesaba esta cuestión trataban de justificar las razones de su existencia y cómo combatirla con éxito. El mal resultaba ser un dato, una evidencia pero ¿era también una condición necesaria? La hipótesis del *estado de naturaleza*, aunque siempre se planteó como una preconcepción antropológica de estudio y una mera exigencia analítica, ha resultado ser sin embargo un fecundo modelo de interpretación que ha servido para condicionar tanto proyectos políticos como fórmulas de conformación de sociedades enteras.

Lo cierto, no obstante, es que las versiones tradicionales no pudieron ser sino sesgadas, toda vez que la información con la que contaron los Maquiavelo, Hobbes, Spinoza, Montesquieu, Rousseau, Locke, Hume o Kant —entre otros— quedaba muy limitada al ámbito en el que desarrollaron su decurso vital, y a pesar de su incuestionable lucidez y evidente genialidad, se mantuvieron estrechamente circunscritas a su época. En nuestros tiempos, al menos se comienza a vislumbrar una certeza que apunta a la eliminación de uno de los dos contrarios en juego. Estos son maldad o bondad natural, y a ellos se han debido todas las exposiciones tradicionales en mayor o menor medida, pues la perspectiva de la *tabla rasa* podría asociarse sin particular problema a la visión que en última instancia parece antropológicamente

más positiva. En la actualidad, el aporte de información con el que contamos es en realidad exponencialmente más alto que aquel del que pudieron disponer las grandes inteligencias de otros siglos, si bien el hándicap al que nos tenemos que enfrentar es que ya no disponemos de ellas. Además, igualmente estamos condicionados por numerosos filtros ideológicos que inevitablemente dirigen el sesgo de nuestra perspectiva sin que podamos evitarlo. La pregunta —no obstante— surge al eco precisamente de esta circunstancia: ¿qué pensaría de nuestra naturaleza alguien que se encontrase sin una particular forma de prejuizar toda esa información y fuera a la vez igualmente capaz de asimilarla y darle forma? Pero la cuestión ciertamente encierra una limitación que no se puede obviar. No es posible interpretación alguna partiendo de un *velo de absoluta ignorancia*. Es decir, tiene que haber por necesidad precondiciones que dirijan tanto el análisis como la valoración: no tenemos, en realidad, un «observador 0». De todas formas, la imagen no es contradictoria, y más adelante podrá guiarnos con ciertas garantías de coherencia.

Este ensayo pretende atajar el asunto recurriendo a una formulación que combine expectativas y «profecías» con la realidad a la que nos hemos tenido que enfrentar a lo largo de todo nuestro trayecto civilizatorio. De ahí que la fábula sea el género literario que mejor nos permite acercarnos a los asuntos que aquí queremos tratar. Precisamente porque pretendemos apuntar a determinados logros «prometeicos» en las aspiraciones biotecnológicas que propugnan los movimientos transhumanistas, no podemos sino aventurar imaginativamente tales logros. Pero su discusión solamente es posible si los adelantamos utilizando la ficción de que como tales han sido conseguidos. De modo proyectivo desarrollamos el proceso de construcción de realidades futuras a partir de una extrapolación de nuestras capacidades actuales.

Con este trabajo también se trata de mostrar una de las ambiciones humanas que más arraigo han encontrado en estos tiempos: el conocimiento del espacio exterior y las posibilidades de su «conquista», como resultado de la exploración de los medios que ofrece para prolongar el futuro de la especie en un entorno que nos permita trascender las limitaciones que nuestro planeta parecería ir acusando progresivamente. De ahí la proyección utópica que se plantea en el recurso *fabulador* a hablar de otro planeta, pretendida expresión evolutiva de un estadio en el que los sueños transhumanistas se han satisfecho. Una posibilidad, cierto es, entre tantas otras, dado que los caminos para el salto evolutivo permanecen todavía muy abiertos. Pero este por el que aquí apostamos pudiera tener una lógica sólidamente determinada por las discusiones más actuales.

Así, los fabulosos habitantes del nuevo planeta de referencia (PCb, en concreto) serían un reflejo especular de estos anhelos. Habitantes que nos mirarían con una disposición entre autocomplaciente y justificadamente temerosa al conocer a sus «hermanos» estelares menos evolucionados, a partir de un instrumento que —aunque funcionalmente obsoleto— les provee de una cantidad de información infinitamente mayor de la que dispusieron aquellos egregios pensadores que se

plantearon —de una forma en general sombría— nuestra naturaleza, al analizar los porqués de que actuásemos como lo hacemos.

Pero lo que al final pretende mostrar la fábula es que las opciones de que nuestra evolución tal y como transhumanismo y/o posthumanismo promocionan, quizás se dejen por el camino muchas de las virtualidades que nos hacen en una cierta medida «valiosos» —«humanamente valiosos»— a pesar de las múltiples deficiencias que constan tanto en nuestra historia como especie a la vez que en nuestro quehacer diario. Las líneas que siguen pretenden añadir alguna reflexión sugerente a un debate que se ha vuelto más actual que nunca, y que requiere de una multiplicación de voces que contribuyan militantemente a plantear respuestas.

Posiblemente, la mayor ambición humana sea la ambición de autotranscendencia. La idea de progreso ha estado permanentemente preñada de esa disposición a buscar una mejora que, aun amparada en las limitaciones actuales, no aprecie freno alguno al enfrentarse con las grandes incógnitas del sufrimiento y la muerte. De este modo, la imaginación humana ha ido siempre por delante de las conquistas efectivas parciales a la búsqueda de lo que ahora ya podemos denominar «la utopía final».

Para ésta, deudora del tecnofatalismo contemporáneo, parece haberse debilitado la contraposición ontológica entre Creador y criatura. No obstante, sigue abierta la incógnita de si estos movimientos utópicos «humanizan» más o producen lo contrario. En esta ocasión, la fábula nos sirve como género desde el que penetrar en las aristas de una controversia que ya no podemos dejar de lado. ¿Qué estamos dispuestos a pagar por una felicidad de estricta factura humana? Ahora es el tiempo de las preguntas.